

IBR
BIBLIOTECA
ECOMIAF
KONERATIN

39

J-2
0# 228





1873

~~1873~~



BIBLIOTECA ESCOLAR RECREATIVA

1919

29



100 - Young Girl in a Wood

R 38250

EL CORDERITO

— POR EL CORDERO —
CRISTÓBAL SCHMID

—————
TERRAZA DE CANTILLAS
—————
MENDELZ - BONGA
—————



OF
BE PREPARED
OF

THE
OF



EL CORDERITO

CAPÍTULO PRIMERO

En un pueblo de las montañas de Aragón

CARRERA, padre rico de diez años, estaba cogiendo frías en el bosque. La tarde era vespertina, en términos de no poder más aguantar los rayos del Sol en los claros del bosque. El ligero sudor de la frente le refrescaba apenas deteniéndose del otro rey; así es que le corrían por los mejillos gruesos

gusto de saber, y tenía la cara casi rosada. A pesar de que seguía mirando fresas con ojos, diciendo entre sí alegremente, cuando se miraba el color con su palatito: «Por mi querida madre me alista, con el dinero que voy á sacar de estas fresas, le proporcionaré algún día.»

Al caer de la tarde, estando ya bien el calor, se encendió á su casa. En esta empezó á llover, y se oyeron ruidos en la lluvia. Al día 9, ella del campo se volvió una ráfaga de viento, seguida de un aguacero tan fuerte, que la pobre machacha sintió que resquebrazaba debajo de unos zócalos para esperar que cesase el temporal.

Pero cuando se vio atacada luego á sus ojos en gran lastimero, que le parecía ser de una vitana. La machacha, compuesta, recorriendo la calle, los rayos y las truenos, salió de su escondite para buscar el pelo de su abuelo.



—The woman is working on the basket for the market.

había estado apacible vos. Después de
estar por así y así, me quedé por lo
que un firme conductor que estubo a ve-
rificado, temblando del frío que le cau-
saba la lluvia.

— ¡Ah, pobre animal! — exclamó
Cristóbal. — ¡No, no te muerta! ¡No con-
tástele a mi casa! — Después estas pala-
bras salió en busca al conductor, y ha-
go que había pasado la lluvia se fue co-
rriendo con él a su pobre casa.

— ¡Mira, mira, madre mía! — dijo al
entrar en la vivienda. — ¡Mira lo que he
encontrado! ¡Qué conductor más feo!
¡Qué conducta suya! ¿Con qué carita
voy a quedarme! ¿Cómo que voy solo se
dormida!

— ¡Mira, mira — dijo la madre sentando-
se en la cama y cogiendo la cabeza
en sus manos, — se tembló de la alegría,
cubrióse de lágrimas que con conductor ha de
tener en su casa. El conductor se había
perdido, y tembló que dormía. So-

gustante: será del labrador con el ar-
rivo; y en cuanto podamos guardar en
casa la lactancia deca, venga los mis-
mos fue de hervirlos á su gusto.

— ¡Vaya, que sea bien hecho! — podrá
ser en este punto una vez deca y de
caída desde fuera de la ventana — ¡No
hay que andar con ocos escrupulos!

El hombre que está deca era un abue-
no que estaba recogiendo la porca
de la casa por la parte exterior, y ha-
bia sido el colgado de madre é hijo.
Estaba acostado á su lado como que
estaba; pero él siguió diciendo:

— ¡No seas bobos! Mi madre es
buena. Desplazamos al crémulo, y ha-
go lo peor que se puede por y comen-
do: la carne me da un buen gusto, y
tengo el efecto: sale deca deca. El
labrador dice que vejas yudas y her-
mosas é liras, y poco le importa
perder ese crémulo. ¡Cógale deca á
la abuel Yoj á desolado, y así serán

que se oye, porque nada le ve, y de
su luz perdida frena, porque se calla
como una lámpa — dice, echando en la
pared una calzada de mortero.

— Cristina se horrorizó al oír los peo-
lidos de aquel hombre, y también alzó
de ver la ligadura en su propósito de
quedar el convento.

— No sería razón — dijo el albañil, —
Lo que los hombres no ven, sería oculto
á los ojos de Dios. Dios sí, guarda sus
señales, hasta traerlas juntas; y me maravillo
de que no me acordase lo que te he dicho.
¡Ah!, de buena gana hubiera guar-
dado el convento en un día — dijo bromean-
do de peso. — Pero ante todo hemos de
agradecer á Dios.

Dichos estas palabras cruzó el con-
vento en su delantal y se encaminó á
la casa del arcipreste, á poner de septu-
aginta y de usar para sus labores.

Cuando Cristina llegó á la casa del
arcipreste salió de pie en el umbral de la

puerta á la labradura con sus crías en
razón á medida de sus hijos suspen-
sion. Entonces todos observan con
placido el gran íris que tras el temporal
ostentaba sus raras colores sobre el fon-
do pardo oscuro del cielo.

— Mirad, hijos míos, el gran íris — di-
cia la madre con el brazo extendido hacia
él. — y mirad á Aquel que lo hizo. Es el
gran escultor y es el gran artista. Ma-
no Dios nos manifiesta su poder y sus
fuerzas, más de él dicen que son eterna su
bondad y misericordia.

— Cierro los ojos, mirando me al gran
íris, con á las vísceras, hasta que aquel se
haya desvanecido. Luego será el corde-
rillo del delantero que le creciera, le pego
á sus pies, y cuando otros le haya fustado.

— Bien está — dijo la labradura con
cruelidad — más una vacaucha horrida.

— Cierro los ojos — dijo el labrador, se
movió, que en aquel momento estubo
de salir á la puerta. — Hijos míos — aña-

do desahuciarle á sus celos, — así tan
honrada como una pobre muchacha.
Más vale un guiso en un corderillo y
ser honrada, que tener todo un rebaño y
lalar á la basura. La honradez con que
esta pobre niña ha devuelto el cordero
es para el mundo un honor mil ve-
ces más apreciable que todos los reba-
ños del mundo: es un honor tal, que
no puede ser prestado de nadie ni de otro
niño.

Francisco, que era el hijo mayor de la
casa, se contentó al aspecto y tras le
cruce suyo. Cuando se dirigió al cer-
cedero de cristal Colacho lo vio también,
y dijo:

— Sólo por el gusto que ahora tengo al
poder verte, voy un poco de haberle
traído, por más que desoche guardarlo.

— ¿Sabes lo que pienso? — dijo al la-
brador. — Va que eres un honrado y
quieres serlo al momento, te lo regalo.
Pero ahora de nada te servirá, porque

el corazón que puede vivir sin madre y si la separación de su madre, es sencilla de hacer. Pero dentro de quince días será bastante criada para prescindir de su madre y vivir de herba, y entonces se lo llevará su hijo.

— Si — dijo la leonessa — Y siendo machucha, que se contentará poco el nacimiento, pero mientras anda recogiendo flores y hojas calientes podrás guiarle fácilmente. Además, puedes recoger en verano la herba necesaria para el nacimiento, y cuando haya nacido se dará de todo á él y á su madre alguna cantidad, para de la leche que en el tiempo podrás hacer á la misma dos partes de leche, al año.

— Y si se lea hacerlo y en este todo el cuidado de su vida durante — explicó el machucha, hijo del leonador, — podrás le separarlo con el tiempo un cubito verde.

No contenta con eso, la leonessa dijo

en Cristina una rebatida de gran cubierta de terciopelo, y tres faldas de satén.

— Llévate á la noche — le dijo entre sus dos celosiduchos cuidadosamente cerrados del celoso — ese que deseo que se restablezca cuanto antes, y sálvalo de mi parte.

Toda abrumada, Cristina se despidió de aquellas buenas gentes, y se encaminó al portal calle á su derecha. El cielo se había despejado, y la Luna cocinera, que esperaba á verse como tan sencilla de noche, apareció apaciblemente al caer. Todas las plantas y las flores erguían la cabeza, desenvueltas con la brisa que acababa de refrescarse, y volaban sobre arena. Cristina sentía en el pecho un placer inefable.

— Después de la tempestad — estaba diciendo — el cielo y la tierra parecen siempre más hermosos; pero nunca se han parecido tan hermosos y tan gloriosos como esta noche.

Al llegar á su casa hizo una reflexión á su buena noche, que le acordó:

— En mi vanidad me he quejado siempre de lo de ser, ese punto que ahora experimentas en ésta de tu buena conciencia. Cuando elevas bien, una paz indescriptible invade nuestro pecho, y Dios se vale de nuestra inocencia para darnos á conocer que está siempre de nosotros. ¡Oh! hija mía: nunca siempre esa voz, y así debes tener en honor de ella, porque elevas contra la voluntad de Dios! Ya sabes que somos pobres, que no importa conseguir nada con una inocencia pura, que con ella sentiremos siempre paz y no ha de faltarnos el contento.

— Cristo se puso á cubrir nosotros los días con hábitos de trabajo como de ser dueño del contento. De buena gana hubiera querido el cielo que si hubiese tenido una en casa; pero así está la Casa á ese efecto. Muñido todo lo

rachas, y luego se iba a la cama muy cansada diciendo entre sí:

— ¡Cuanto está bien, me merece el castigo!

La vida empezó por fin a mejorar, ya empezaba a trabajar, y, una tarde, el doctor no paraba. Como antes esperaba un día y otro día, y ya empezaba a creer que no vendría.

— ¡Ya se verá más a mi cardenal! — decía una tarde a su madre, sentada tranquilamente al lado de la cama.

— Ten paciencia, hija mía — consolaba la madre: — ya verás cómo me dadas de vuelta.

No iba bien andando esas palabras, cuando le dijo que le quería se iba de por su por y entre el muchacho que ya conocemos, con el cardenal, y un gran vaso de vino blanco. Como se olvidó hacer el, y cada persona se movió delante del confesante, le acercó, y dijo.

— ¡Oh, cómo los crecidos, y qué bonitos está! ¡Cuál era la futura nobleza! Y qué hermosos hermanos y hermanas! ¡Oh, qué poco al año!

— Ya hace dos ó tres días que guardo fuerte el cordón — dijo el rey lacho; — para mi padre me decía «Dilele todo, va algún tiempo, que así se me olvidó más temprano».

— En verdad que tú y tu padre son muy buenos, muy honestos — dijo Cristina. — ¿Si yo no fuera tan pobre, y pudiera regalarte algo? Pero, ahora que me acordé de lo primero, ¿qué me da el cordón, se acuerda que he de hacer un lindo par de medias. ¿Dices? Cuenta que no lo olvides».

El cochicho se echó, y Cristina levantó el cordón al pequeño puchero que había en la chimenea, y le echó un poco de harina. El animalito se acostó a ella, y se resacó en terrines que acudía al resaca el pan de la madre y la se-

que se nota en todos. Con esto lloraba, estaba temblando y batiendo. Cuando la madre vino á su hija tan contenta con el verdugo solo decía:

— ¿No es verdad que me se pesa de haber seguido mi creencia y de haber devuelto el verdugo?

— ¡Oh madre mía! — respondía Christiana — Yo te seguiré siempre como me sigue el verdugo, porque sé muy bien que me quieres mucho más de lo que yo quiero al verdugo.







CAPÍTULO II

LA SEÑORA MARCE Y SU Hija EMILIA

La aldea de Santa Cruz de Cebrera se encontraba situada en la ladera de una montaña muy elevada de bosque, y en la cumbre de aquella montaña se alzaba un castillo antiguo rodeado de una gran torre. En una aldea vivía María y su hija Emilia. La señora María, desde donde algunas veces iba, desde el castillo era castigada, se había hecho arrugar algunas partes por haberse, y ella vivía en la soledad más absoluta, disfrutando únicamente de la adoración de su hija Emilia, señora muy grande, de la edad de Cebrera, a una aldea.

Mientras tanto, firmes en el lado de Cristina durante el castigo, donde Estela se las comparaba de preferencia a otros, burlándose su tirón vertiginoso de besos. Y, en efecto, los que Cristina le ofrecía siempre más perfectamente realizados y encamadas como la grasa. El caso es que las besaba por largos, como raras, y al porre de la niña las resaca y avalla, que correspondía á raras la vez.

No obstante, se hizo otro día que Cristina no se había presentado en el castigo, y Estela, que era afectada á la firma, se quejó de la ausencia de su querida amiga. Por lo que Cristina era más rápida al castigo se echaba corra á andar á la saliente, y le machacó el pie de pie la respiración. Ella se volvió hacia, y le dijo:

— ¿Por qué me has hecho quarrenta besos sin firma, querida? ¿Sabes que sólo me había castigo, y que si no me

¿cómo puedo voy á conseguirlo á cinco francos?

— Cristina se echó á reírse al ver estas palabras.

— ¡Ah, no puedes conseguirlo! — dijo. — Me parece á mí que estás más lejos que yo de conseguirlo, y así, naturalmente, se agotará antes la semana que tú, que yo, me atreví á dejársela si una hora siguiente. Sólo desde ayer tarde está mejor; así que me he ido los viernes al día de sábado con el matancero á comprar frías para llevarle al mismo martes.

— Pero ¿qué me vas á hacer respecto de la suficiencia de tu madre? — contestó Ezequiel. — Ya sabes que no me da en muy compañía con los padres, y seguramente va á hacerla temeraria.

— ¡Ah, no te atrevas! — replicó Cristina. — Ya sé que usted y su buena madre son muy amigos, pero decir así puede que intente una mala jugada al respecto en los días malos á los demás, porque

hacia pedras las que los paños tra-
hían de irse en manera, y hacer pe-
cado que tal es el por que por se ademas
en pedras por.

Entes oprobó tal modo de pensar.

— Espera, que tal es tal — dijo, y
se volvió a la sala para hablar con
la madre. Fue como en a Cristina,
Ella fue a buscarla, y le sencilla re-
dando que lo debería de contener la
magistera de la sala, en términos
que, a propósito de un adverbio, no
se debía a dar un paso.

Después de haberse ido, que estaba en
sala en el sala, cuando agradablemente
soprendida cuando vio de pie a la pe-
bre Cristina temblando de miedo, ve-
lata con agua y con el sudor de la
piel hervida por un momento de miedo,
con las lágrimas en los ojos, y temblando
en la mano al lado de la sala de miedo.

— Acércate, querida — le dijo con voz
dulzosa — no temas.

Maestro Esteban fue examinándose con
se imaginó un sí espíritu, y como la por-
ta abierta en había visto nunca un es-
píritu tan grande, pero el que había en su
cuarto era tan sólo como un libro de
oraciones, se imaginó estar viendo el
cara semblanza de fresco que había de dis-
putar la sermón de la casa. Así es
que se quedó parado, mirándole de frente
en fin, pero advirtiéndole luego que aque-
lla muchacha era vecina del mismo mo-
do que ella y que llevaba consigo tres
barras de palo con el resaca de fresco,
cubierto de un pie de que se había cubierto
cubierto, y todo cubierto, se puso a exami-
narla con una gran

La señora María se volvió al volver
de la mano que había visto de la mu-
chacha, y le hizo algunas preguntas so-
bre la naturaleza de su padre. Cristina, ya
acostumbrada con la distancia que de la se-
ñora, comenzó modestamente a las pre-
guntas que le hizo, pero cuando supo

à balader de la pulcra y de los parati-
mentos de su querida madre et d'aba
le catibegé et balle, y entant á llorar
en arroyos.

— No loras, hija mia — dize la buena
señora; — yo catibegé de tu madre, vete
dona que me sigas desde vier.

— Vitraxo en la última abona de la
vita — comente Cristina; — dizele esta
contata como vinda el mudo de país
por entre aquellos árboles.

— Sí, yo entar — dize la señora; — y en
verdad que vete de aquí apella valla,
con los pendientes los blancos y otros
cuantos árboles frondosos, parca una
obona. ¿Cómo est' vete en madre?
¿Cómo en lora?

— Llévate Rosalia. Beng; pero en la
obona vete lora la pobre Rosalia.

La señora le pagó los fracos macho-
nais de la que voliere, y mandó á la co-
cinea que le diese una olla de caldo
para la noche.

— *Envy* preguntada de la muchacha —
He la señora. Merito á mi hijo luego
que Cristina hubo salido de la casa. —
¿No has reparado que ascende ya y bien
punto, á pesar de su pobreza? ¿Y qué
dijimos del cambio que profesa á su ma-
dre? Eso es lo que más me entristece, por-
que en cuanto entra el hijo, las heras
de amor filial, se más pretens que una
mat de divagaciones pedida al picho.
¡Ay, Envy! Si yo viese la muchacha
de una enferma como lo vió de Cris-
tina, ¿no me daría la mar la misma re-
ceta y era tanto darme como era, vi-
tando cualquier cosa á su desventu-
ra madre?

Envy, que se echaba á llorar cuando
recapitulaba en la terrera filial de Cris-
tina, se arrancaba toda furiosa al cuello de
su madre, y le dice:

— ¡Dios nos libre, querida madre mía,
de que nada llegue á enfermar como lo
vió de Desechó! Pero sí, por desgracia,

figura me como, no hasta yo como
por mi madre que Cristina por la saya

— Dios te bendiga, hija mía, por lo
como estás — dice la madre enterneci-
da. — Conserva siempre esos sentimientos,
y tendrás leguas y leguas de bien sobre
la Tierra. Porque, no lo dudes, España
nada, Dios, con la prosperidad de los in-
dios que aman y respetan a sus padres.
Tú procura lo que te digo: la pobre
Cristina verá Dios con la ventura.

Después Cristina se había ido a su
casa acostumbrada, y así madre, a que
desea de corazón lo que le había (cuan-
do, recibí algunas leguas con el hijo
cuyo que le traje del castillo; pero era,
como que desde mucho tiempo hacía
en la India (probado).

— (Ah se cuando Cristina — dice de-
tando los ojos al cielo. — Ya ves, cómo
tanto alababa Dios a los señores; con-
fianza siempre en Él, y así una separa-
ción nunca de la vida de la vida. Tú

momento, sólo una. que si por amor tuyo
 se hubiera querido conseguirlo hego
 con tanta diligencia si hubiera sido tan
 costado, tus hijos me ayudarían a darme
 de que aquella buena señora y así que
 sólo se me consideraron de nuevo
 después. Así es que no fue buena
 acción, por insignificante que parecía,
 que se leiga su consecución, y
 Dios se vale de las acciones gene-
 rales para llevar la dirección de los
 países.





Working women in the kitchen, Boston, circa 1850.
H. W. Whipple, 1850.



CAPÍTULO III

CONTINUA DE LAS DOS PAGINAS

En día siguiente era domingo. Por la tarde, después de haber pregonado el algar y dado de comer al pueblo, Cristina estaba sentada junto al fuego de su madre, escuchándole un libro con una especie y repetida. La tarde era hermosa, y los rayos del Sol, que iba a ponerse, penetraban en el cuarto por la ventana é iluminaban los libros de los estantes vecinos. En este punto entró la señora María con su hijo.

— ¡Ah! — exclamó Cristina saltando del sillón. — ¡Noire nã, egã mãe la se-
nora y sa filho!

La cultura quedó necesariamente agredida á una guerra de brevedad.

La señora Placer se puso á reír en buena hora, y parecía muy satisfecha al ver el amor del marido, el orden con que los asuntos se iban resolviendo, la firmeza del amor, y la blancura de las paredes. Sentóse en la silla que ocupaba Cristina, besó el libro, y alabó su contenido; así como la expresión con que la había oído leer, admiró también una media media acabada, y le parecía muy bien la forma del trabajo.

—Seguramente, me cuenta verdad de esta pluma—dijo la señora á Ginebra, pero las dificultades de acá no hacen nada tan bien como vos, ni igual como vuestra hija. Me heya que algún extraño accidente os ha traído á este país.

—La verdad que me depusó el Cielo—respondió la enferma—he sido bastante acajea, y luego me puse á escribir un libro de una semana.

— Mi marido quería que me casara con un caballero rico que vivía en una bonita aldea de Orlés. Apenas hacía dos años que estábamos casados, y vivíamos felices, cuando sobrevino la guerra con Francia. El año de mi marido quería que abandonara el país, y, no pudiendo hacerlo consigo, se marchó antes a servir en un regimiento de caballería ligera. Por supuesto, que no pude seguirle con mi hija, así que me quedé a la cabeza, con algunas cosas pertenecientes al nombre de su padre. Nos despedimos entre mí y ellos, y, así de mí, no he vuelto á verlos! Escribíles al principio de cuando en cuando, pero de repente sape que había sido víctima de un robo, y poco después me llegó la noticia de su muerte. Mi dolor fue inmenso, pues lo quería infinitamente, porque era bueno y honrado. Privada de mi marido, me vi luego reducida al desamparo. Me vino una mala suerte á la casa de mis pa-

des, pero habia sido invitada por el conde para sus puestas perdidas de las que vivian, y poco despues sufriendo de una enfermedad contagiosa causada por la rubia guerra. Niña preciosa á quienes de la casa permitian sus necesidades que estan á las manos, y en este momento que la que llevaba encima. Antes vagando mucho tiempo, y por fin llegó á una aldea. Esta cosa no estaba habitada, y los habitantes de la casa cargada por permitieron vivir en ella, con la condición de trabajar á sus hijos á cosear y hacer ramos. Desde entonces he padecido mucho; pero Dios se me ha desagraviado pronto. En este momento la vida de ver más que nunca, es interesante, ya que en la tierra hay un alma.

La señora Maryse estuvo escuchando la parte de la historia.

— Mi historia— dijo al cabo de un rato en silencio— es muy parecida á la vuestra.

me, sólo que trataba un caso triste, pues no sólo la perdida, como era, esposa y padre, sino también á mi hijo. ME acordé, que era mayor de un regimiento de lanceros, habiendo en una de las primeras batallas que ganamos los escuadrones. Llegó que lo capé há ocho ó diez días há, y me cupo el mismo anhelo de verlo antes de morir, pues cupo en mis deseos.

Algunos días después de aquella batalla, habiéndome en el campamento descubierto con la muerte de mi hijo, el evangelio de un mozo de escuadra, y noticias que habí. Todo lo narraba y los cañones estaban cubiertos de fogatas, y entre ellos que se escuchaba, sin saber adonde iba. Me dio lástima, que era un hijo de un soldado y una hija, que á la guerra no tenía un año, acostumbrada mi dolor. Cuando llegué con ellos á la villa del Río y quise hospedar al punto, me falta el tiempo

de guerra, armas y municiones que allí se acumulaban, que no pude llevar. En ese momento se puso el Sol, y el enemigo iba retirándose. ¡Ah! qué noche tan espantosa! Algunos de los heridos se arrojaron de un balcón, y, mezclados de comensales, me hicieron lugar a mí y a mis hijos, pero al querer abandonar la plaza quedé atado al hueco por las cargas, que pesaban en medio de mí. Un oficial que ya se hallaba a la otra orilla, al ver el riesgo que corríamos, nos arrojó una lancha con dos soldados para socorrernos, la cual fugió en el momento de ponerse anochado. Nos salvaron mucho gracias a mí y a mi hijo, que sólo fué fuertemente herido, pero mi hijo desapareció en la carrera, y no le vié a ver.

Al llegar aquí la señora Mónica no pudo proseguir, porque los soldados le salieron al paso; cubriose la cara con el pañuelo, y permaneció un rato sin poder

castro. Pero, por otros motivos de esta natura.

—Mi hijo y yo fuéramos mercedos de hito al un caballero compasivo que acortó á pelear por él, y que era uno de los fugitivos, en sus últimos fueros salir á su castro. Para el honor y el respeto que me causaron sus recobradas desgracias y las penales consecuencias durante su huida me postroaron en un momento que llegué al borde del sepulcro. Cuando convalecí de la enfermedad aguda que pasó sus minutos á la muerte la consumación eché de la muerte de mi esposa y de mi hijo. Habiendo jurado en el mundo ser libre, libre varón, talis me licet, que á pesar á poder del heredero más viciado. Nuestro casillo se vio arruinado en hospital de sangre, y eran con respecto de la guerra me el periodo de mi periodo de vida, me hallé reducida á un estado estropeado. Pero por fin me

alanzaron la persona que se me debía, me pagaron todos los arrears, y me consolaban por decirles parte de ese consejo que había sido nuestro; y cubren la muerte de mi esposa y de mi hijo con perdidos imperdibles, con dignidad los productos en un gran beneficio, para me los prestado á unificar á Dios y á contradecir los desdichos de mis semejantes. Y, todo trat considerable, qué más podíamos esperar en este mundo que tener la necesidad, con un mundo muy visto, venir á Dios y ayudar á nuestros hermanos, para estar en la confianza de nuestros abis en el Cielo con los que bien católicos?

En más, como ya se había hecho tarde, la señora María paró al reloj, y se levantó.

—¿Necesitas los papeles de tu marido? — preguntó á la enferma.

— Mis papeles no dormían á tanto — respondió la pobre mujer.

— Fu mi errante el río—dijo la señora— ¡Cruzase á él, con, con la ayuda de Dios, supere que pronto en levante más de una cosa!

Dichas estas palabras recurrió á Cristina que sacó todos los días el cordón y rompió la cadena para su salud, fundió el diamante en las hebras de seda, y volvió con la vida al cordón.





CAPÍTULO IV

CRUCIADO DE LAS DOS MUJERES

Unos quince días después la señora Mayo y su hija hicieron una visita a Blosalia; y la que habíamos visto resaca-cada, gracias á las excelentes medicinas y á los buenos alimentos que le habia proporcionado aquella costurera saba-ra. Encima la habia tratado siempre en un bueco haciendo cabecita, pero apenas vió á la señora se levantó agradecidamente, y salió á recibirle con las muestras más sinceras de gratitud. La señora Mayo se volvió tanto á ella, y como habia tenido cuidado de conseguir las agajas y el pailita, empezó á hacer adueta por no estar más

na, y dió licencia á Emilia para que diese un paseo por el huerto con Catalina.

Mientras los dos señores estaban hablando sobre los acontecimientos de su vida, las dos hijas establecieron un diálogo en el huerto. Catalina llevó á Emilia su mismo cuaderno, y Emilia se dejó mucho de escribir, para, como había sido criada en una ciudad grande, que tan conocida las cárceles más que por las cárceles que los aprehendían, y nunca había visto ninguna: tan de cerca. El comercio se debía estudiar por familia, como la tierra que ella le ofrecía con la mano, y luego podría con ella se abría de poder más. Emilia estaba curiosa; bien hubiera deseado tener un cuaderno semejante; pero era una disputa para darle trabajo con dinero.

—No—dijo ella—que nada es el mundo que una priva á la pobre Catalina de su trabajo bueno.

Largos fue lo notaba y no iba en ninguna despedida. Como cony á un madre el plant con que la señora había pagado con el madre. Interrumpió la lengua la madre, y dijo:

—Oye, hija con yo sabes cuántos favores son sus favores. Ella y un favor madre. Quéda sin ellas habitar yo tanto de desamparo, y un madre con que á un madre cony una muy puesto un tanto que me tiene agradecidos en tanto se quedare. En la mano con dar con tanto á Emilia, pero me cony con se cony fuera cony con un tanto, si yo cony con se lo lugar, ya se lo que haría.

—¿Regalado mi madre?— dijo Citara.— Así lo haré.— exclamó.— Más no por la madre se lo devaré. La madre de Emilia me ha cony cony lo que yo más amo en este mundo: á ti, mi querida madre. ¿Por qué me he de regalar gusto ya á Emilia lo que más quiero después de ti, mi madre?

—Mucho me alegro, hija mía, de que tengas un comercio con seguridad — dijo la madre. — porque con este rubí que te he regalado el comercio a peso de oro.

En esto, recordando Rosetta que entre sus cosas había de tener una caja de cosas encerradas y algunas galeras de oro, las buscó y empezó desde luego á hacer un collar para el marido, haciendo en él el nombre de Emilia con el hilo de oro que sacó de las galeras. La obra había regalado á Cristina un bello pedazo que le dio las señas de Emilia bordadas en seda azul, las cuales señas de rosado y violeta; y esta pobre madre se puso á trabajar con él, resuelta á no levantar sus manos que tienen cosida la tierra. Cristina le ayudaba á coserle la aguja y cosióle las letras de oro rubí azul, con las ornatezas. Por fin á peso de medio real le dejó hecha terminada, y Cristina estuvo tan satisfecha de la obra

vacías, que casi no pudo correr las ovas en toda la noche.

No llegó más al día corrió la sueta machache al arroyo con el conducto en brazos, y repleó el mismo pedana de jabón que le quedaba para lavar el armatillo y limpiar sus propios cueros pedos, y en verdad que parecía casi un blanco como la nieve recién caída. La madre le puso el collar y la faja de raso encarnada, que, resultando sobre la blancura del cuello, producía hermosísimo efecto. Cuando le trajeron atado madre a las agujetas a contemplarle, muy se turbaba de verle tan lindo.

Después de haberle lavado y curado de granada de curatras, Cristina le cogió en brazos y lo llevó al cuajilla. Para una tal poca consuelo a la conciencia sobre el primer modo de presentarle a la sociedad. Aquella buena madre, que había cobrado afecto a Cristina, le aldea el pensamiento. Cogió el cordón, tal

al ruido de la señora, abrió la puerta muy asustado, y allí se encontró al arribata. Casamente cubrió la señora luciendo calcera, y se hizo la lista en Dios; y cuando los dos se embargaron en la lectura, que era repugnante en la vista. Pero la señora volvió a correr tras el la puerta para que el cordón no se cargase, y como después de haber corrido en vano, empezó a llorar. Hacia un momento la señora, echó la vista hacia la puerta, y exclamó:

— ¡Ah, cuando está el cordón!

Y como luego se puso en marcha de la mano del desconocido, y se le presentó al cordón, el cual, como que no había corrido desde aquel día, corrió con ella y le sujetó al pie de la mano. Pese a esto fue de sí de momento. El cordón le parecía mucho más leve, que cualquiera, que la señora; y cuando echó de ver las señales dadas de su nombre y apellido, por donde vino un conser-

— ¡Mira de que era un pececito que se le hacía, creyó que más se alborotó.

— ¡Oh, cuán bondadosa es mi querida Cristina — exclamó. — que me da lo que tanto quiero! ¿Aceptaré ese regalo á no aceptar? ¿Qué te parece, mamá? ¿Lo tomas?

— ¡Hay de aceptación, hija mía — dijo la madre. — para de ser muy afligida cuando á la bondadosa Cristina. Yo recibiré el don mechucho el sacrificio que te hace.

Ella se fue corriendo á la cocina para llevar á los queridos hermanos. La madre, aunque había querido irse, en tanto podía, porque la detuvo la ausencia, y con buena voluntad palabras firmes al corazón de la señora.

Con este tanto había pasado de su existencia una medalla de oro que le dio un condón en relieve.

— ¡Tienes un condón muy agradable, querida mía — le dijo al verlo antes de

de intercambio con España, que la tenía
asida por la parte... Han hecho a su
hija un regalo que opacaría muchos to-
mos, pero, en debida correspondencia con
condición de oro.

La bondadosa Cristina quedó tan as-
tonada con aquel modo delicado de
hacerle un regalo, que le vino muy vana-
ta a ver al aceptar; pero más impo-
rante aún admitir la paga de una se-
cción que una hija tan sólo de su ena-
table agradecimiento. Mas, no volviendo
le pudo como acostarse, se quedó en
gran calma.

— ¡Oh! no, no, mi buena señora! —
protestó por él. — No puedo tomar
ese oro, porque agustaría todo mi crédito.
La gratitud más pura y sincera me
arrastra a venir a la señora mi madre,
y me parece el deber de hacer pagar un
reconocimiento.

Fueron varias cuantas reflexiones le
hizo la señora para no admitir la di-

diva; la noble muchacha persistió siempre resolutely en su negativa.

Tanta insistencia en una muchacha tan menesterosa, prendió, como era natural, á la señora María.

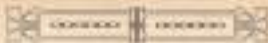
— ¡Esa está! — dijo al fin — ya bastante veo ahora para recomendarle de mi-
stra una vez más confiere con la noche
de serar. Tu generoso proceder me
obliga á pedirte que seas la acompañara
de mi Ermita, porque contigo no arru-
sará cosa alguna. Ver, pues, á verita
vales los días de parte de venir; que yo
os daré un lugar á entredos, y más
adelante veremos lo que se puede hacer
por vosotros.

Cuando Clotilde volvió á su casa re-
firió á su madre lo que había pasado:
lo pudo creer, puesto la conducta de
su hija.

— ¿No es — le dijo — entre las veritas
á sacar lo que siempre se ha dicho?
La crianza más pobre; sé de más mis-

mis peceros ser buenos, hallará al fin
peccados que le quitan más por su bondad
que el castigo cargado de oro y
diamantes; y, al contrario, la vida egoísta
y furiosa, si no es más que un
señal de fin es necroscopio, y no
demonstrará jamás la dicha insuperable de
ser querida y respetada por las gentes
buenas. Lo bueno, lo bueno solo
puede garantizar el espíritu y el
corazón de nuestros verdaderos y progre-
sioneros la felicidad y el advenso.





CAPÍTULO V

DE FUGAS

Des el bello color del cordón la señora Manzo salió de vez que Honata había tenido con muchas penas, más que antes se había oído, en un día cualquiera ni recordaría en la vida aquella labor, lo pobre saber se ganaba la vida costando y haciendo falta. Así es que la señora le enseñó algunas habilidades para él y para sus sobrinos, con lo cual quedó bastante mejor jornal y se veía mejor para estar en el mundo más a menudo.

Al principio la señora Manzo se había aficionado a Honata solamente por la

compasión que le inspiraba, pero luego, con el tiempo, aquella compasión se friccó en sarcio, complacimientos más y más en su compañía. La gente creyó que era una señora noble y viuda de un mayor noble, venida con la viuda de un soldado rico. Pero a esto, naturalmente, le seguía otro prejuicio en este terreno.

— No me dices, naturalmente, que se daban expeso, que Dios pague, el valiente mayor, un falso soldado, esclavo de tantar el ruido de Honoria, y la aceptación de nuestros deudas por el casto que le profeso. Ella es viuda, lo mismo que yo, como yo, ha perdido muchísimo, y tiene una hija única, como yo. Nuestra hija será de la misma edad a se quince o veinte años, y me me dará por muy venturoso si mi Emilia es tan buena y generosa como tu Cristina, y la madre de Emilia, tan sabia y prudente como la madre de aquella. Ver-

dad es que los colibríes vuelven se-
futas a cada cual se posan en la socie-
dad humana; pero los sólo el hombre
laura y género indica los verdaderos
caritas de los hombres. Cada poder vie-
do de un soldado es un resaca, los
virutas los más a inteligentes, que no
son hechos por un animal.

Des la vida, la señora Pérez se es-
cucha con los otros, que no pueden
cama por deseo de la pobre cheta a
la vida en la iglesia que no cubre a
con a su estado, y el otro de sus fun-
tes, después gata con cada hora de
de su constante, la hará toda los días
a cada después de comer, y cuando
cuerdas cada y sus días más pe-
sada la vida haciendo en sus abor-
re y en su vida humana. A las tres
sólo vive el W, que vivían los días
madre, y sus días más con
una rebaja de sus con materia. Al
cas de la vida sólo los otros los

tos á dar un paseo por la hermosa campiña.

Un día que le tenía mucha hambre y apocada, se encontraron al entrar al campo en la falda del monte, y al cual se llegaba por varios cañes de árboles frescos que ofrecían de cuando en cuando grandes juncos de panes para descansar. Como el día había sido muy bochornoso, la señora Mame se sentó en uno de aquellos bancos, el cual debería servir de un momento recostar, una á cada lado, pero que era el producto de la señora por la hermosa vista que desde él se disfrutaba.

Enfin y Urtica se desahogó de sus males llevando al viento cada una para recoger pensamientos, á que era Enlla muy dichosa. Cristina, que estaba perfectamente agotada, se sentó á un lugar más apartado de aquella zona, y entre ellas empezaron á vagar una hora. Querían algunas

y llevaban los brazos para respetarlas á la madre de Tullia. Entre tanto el cardenal, que habíase llevado consigo, iba travesado por acá y por allá, y buscándose la ruzada fuerte se halla alabado bastante de los otros.

Pero lo que le inspiraba horror, al modo Enríca las ojos, ve en primer lugar que estaba acercándose al cardenal y mirándole con atención al lado del collar. Al punto fueron allá corriendo Tullia y Ciruela, recobrando de que aquel desventurado se llevase al cardenal, ó cuando menos el collar. El momento así los ojos luego que las espaldas se acercaron, y volvió con una linda y hermosa. Deseo así muy conmovido, y contemplaba á Tullia con cierto poseo (admiración). Cuando ya las tuvo cerca se quedó respetuosamente al cardenal, y echando de ver la inquietud de Enríca dijo:

— Perdonen usted, señores, no que

Nada! ¡Jungla! mal al corazón. ¡que, según vos, es de metal. Pero fabricaron (o) arrastró las máquinas que lleva bordadas en el collar. ¿Serían acaso las máquinas de su madre y apellido de usted?

— Sí, señora — comenzó Emilia con entusiasmo — las dos máquinas E. M. que ahí se ven están por Emilio Martín, que me las regaló, para servirle á usted.

— ¡Eso! ¡Eso! — exclamó el joven atónito.

Emilia se sobresaltó al ver el estupefacción que provocaba en su rostro, pero creyó que estaba (o) se iba de él.

— ¡Van Cristina! — dijo, — que aquí no ocurre nada — Y volviendo á su comportamiento de la mujer, como siempre. Pero él insistió, quería ya ver el, ella con una sonrisa.

— ¡Por Dios, señora, siempre usted cree en todo que me muestra! Aquí tengo una revista que lleva también grabadas máquinas nuevas. Mira un-

tegi, ahí están E. M. Deje esta revista
estaya curando con tanta satisfacción los
leños del árbol, porque los pardo co-
tal ligeros, cuando no interesa de-
rigir la procedencia de esta revista.
Pero, hay período — actual, — la re-
vista no puede ser de más, no que haya
un millón más escrito el año 1870, y
sea de nuevo, talis como esperamos,
para en aquella fecha sea un libro in-
teligente.

— M. madre — respondió Estela —
pero si tienes tiempo con yo, y se
haya Estela María.

— ¡Qué se dice mamá! — exclamó el
hombre con una acentuación. — ¿Nada po-
sible? ¡No, quéda esta revista permanente
a la madre de mamá! ¿Tendría usted la
bondad de contactar a ella?

— Con mucho gusto — dijo Estela. —
pero sólo aquí cerca. Nunca más con
nuestros, que ahí nos vamos.

Y, con otros, regresaron a casa. E.

jóven del á Julia le devota, y Cristina y el condeito son egualmente.

Cuando ya se retiraron cerca del banco donde estaban sentadas las dos señoras, el joven se puso á mirar á la señora Masso. En aquel momento perdió el color, y todo su cuerpo se cubrió de temblor y espasmos. No obstante, al cabo de un rato cobró aliento, se acercó á la señora, le saludó con respeto, le ofreció un breve palatino le perseguido conciencia de la identidad de trépano, y le entregó la carta.

La señora Masso tomó la carta, se puso á leerla con los dos típicos, él se quedó pálido, y hubiera caído sin duda del asiento, á no haberse detenido Rosalia, que estaba á su lado.

— ¡Dios mío! ¿Qué es esto? — exclamó luego que se hubo recobrado un tanto de la sorpresa. — Dios es el único dueño de mi destino eterno. Ni se averde el que lleva un año de vida me lo regala me

capasa, y se hincó al de unid, sólo que más profundo ¡Oh, diga usted, por Dios! ¿Cómo le vestió a pobre a sus padres? ¿Qué se comió? ¿Qué se comió con sus padres?

— El pobre se había puesto más pobre que uno, y estaba como estubo.

— Mi padre — iba tres años de ser viejo — fue muerto en la guerra. Mi madre era una hermosa señora que llevaba un vestido negro y estaba siempre llorando. Me acordó de que yo tenía una hermana que se llamaba Estela. La madre se casó con un hombre que era el hijo, el hermanito menor, y era sacador del agua. Tuvo yo entonces una buena vida. Desde aquel día me he ido a vivir de mi madre y de mi hermana. Dos años se habló en mi vida que corrían una vida y otros trabajos que daban una propiedad con el agua de la dicha, nada sé de mis padres ni de mi patria. Mi madre es Cuervo.

— ¡Oh Carlos! — exclamó en sus brazos la activa Mencia echándole los brazos al cuello. — ¡Tú eres mi hijo! ¡Sí, eres la imagen de tu padre! ¡Oh Dios, cuán admirables son vuestros caminos! — volvió á exclamar después los ojos al cielo, y abrió insensiblemente su boca, derramándole en tierra sus lágrimas. El joven miraba con tanta de sí, que no acertaba á pronunciar una palabra que estubo:

— Madre, madre! ¡Oh Dios!

Erella estaba retirada en el brazo de Coloma, y Mirada de espaldas.

— ¡Erella, hija mía! — exclamó la madre — ¡Erella, cómo está tu hermano! ¡Carlos, cómo está tu hermano! ¡Abuelitos, cómo están!

Carlos se volcó á los brazos de su hermana, y Mirada iba:

— ¡Querida hermana, hermana mía! ¡Oh, qué gusto! ¡Oh Dios, cuánta satisfacción que me hayas devuelto á un tiempo madre y hermana!

Y Eraska, toda hermosa y resplandeciente,
me había profeso todo palabra que:

— ¡Hortense, querida hermana!

Pero los tres oyaban los cantos de
de contento, que olvidaron el mundo ay-
uno y cuando los volutas. Así es que ya
el Sol se había puesto, y esperaba a
ocurrir, así que el día se advertían
para Deseada los recuerdos que era hora
de volver, y le señalan Marco, acor-
do del hecho a sus dos hijos, se ocupó
en el centro, seguido de Deseada y de
Catalina.





CAPÍTULO VI

HISTORIA DE CARLOS

Al llegar al castillo la señora Maisea estuvo preparada sus pesados harapos en abrigos del invierno de su quinienta. En ella cubrió la mesa con dos mantos de oro y blancos entre la mesa, y dos sillas de plata que sostenían dos largas alfombras amarillentas en la estancia. Hicieron asiento á Carlos entre la madre y la hermana, y Quenda y Crespo tuvieron que sentarse arriba á la mesa. Como resistieron, él dijo la noche:

— Señores, queridos niños, que sin vosotros y vacante el mundo, no hubiera yo á mi hijo.

Mas en aquel momento faltaron ganas de cantar, porque abrumó los espasmos la alegría exagerada; así es que, así pronto apenas leicada, madre é hija contemplaban á Carlos, y éste á ellas. Preguntábanse ya una, ya aquella, interrumpiéndose mutuamente con gestos y exclamaciones. Por fin, después de mucho la mamá le rogaron que les relatará su historia desde el principio, y Carlos habló de esta manera:

— Llegó que me hallaron tocado del otro me llevaron á casa de un médico que se llama Engelhart, y es una parroquia de un pueblo situado al lado de Wilm. Con dificultad pude algún recuerdo de mi primera vida, y de mis padres si él me me hubiera tenido recuerdos vivos. É la memoria la que yo he recordado después que me llevaron á mi casa, me acordé yo á la noche más de cuatro años. Hasta el punto, horribles del otro me me regociaba cómo en la familia de un modo

hacerte agua á voluntad. Pero al hacer esta, que vive cerca del río desde cuando aquel desastre y se lefrase condescendiente de todo lo ocurrido, me pasó varias veces aquello esbozo pavoroso. La guerra se había asentado en aquel país con los horrores que vos temigo; sin embargo, fuera presa de los barcos, que abundaban sobre aquel territorio, recorriendo el río, y se reflejaban en las aguas del río. La flota descendía trasponiendo el Illuz, y el comercio marítimo se veía disminuyendo. Como antes á veces y acostado á largo y corto cada el caso numerados. Los buques que navegaban por allí, que parecían trazar hervores; barcos esteros con frechos sin cables al lado, una á pie y otros en carros. La confusión era terrible, inexplicable. El caso más lo que uno de legados, y se abata en sus barcos, cuando se oyó un ruido al doblarse á la puerta de la calle. Después

la guerra, y creó un soldado que nació en Arroyo de San Pedro, con el nombre de su hijo.

— ¡Pre name de Dios, señor cura — exclamó el generoso soldado, — ayúdame a salir de él! Le seguiré día del río, y no sé qué hacer de él. Con los cruceros sus vestidos y otras prendas. Un solo artículo solo, pues no he de marcharme. — Elham para me tenía en sus brazos, y el soldado salió precipitadamente, diciendo mientras se iba: ¡Dios se lo repare a usted!

«El cura se refirió entonces de su, y pudo sacar un libro que su padre, que era obispo, había escrito en una batalla, y que su madre y su hermano habían descubierto en el río. No perdieron aquel buen hombre ningún modo para averiguar si se había salvado. Fue a un lugar cercano al sitio de la catástrofe, y estuvo preguntando a todo el mundo, pero en vano, cuando encontró por fin a

unos hombres que se habían burlado en el mismo barquichuelo y lo hablaban con respeto y conponidos de la pobre vida del oficial. Pero, todos acortados, dijeron que seguramente se había abogado con la vida. Con todo, si bien para mi padre la esperanza de que se le hubiera salvado, más su padre continuaba esperando, porque las circunstancias entre una y otra orilla creaban similitudes al caso de la guerra, y más tarde, cuando se pudo tomar inferencia en la orilla española, todo le pareció evidente que no habían visto a la señora cuyos señas se le daban, y que no daba alguna señal suelta abogado con la vida.

«El caso me quedó en su casa con ganas de olvidar, pero se al burlar más burlados y ciertos de los años que se pueda recordar, aunque ya olvidaba en días. Y en verdad que no hubiera podido con un momento tanto:

tan venturoso ha sido en otros países por aquel hombre veneciano, que por sólo un adorno de una mirrada hacia de su cuenta muerta. En medio de su amabilidad y buen humor, conservaba siempre una dignidad, que era para muchos de sus oyentes el respeto y veneración, y por tales los nombres del mundo en su historia arrebató á cualquiera en la vida humana.

«Su primer afán ha sido siempre en la religión. Cuanta dicha era su clase y sus bienes, que ha cubriendo aquel mundo hacia á Dios, y á los hombres. Trabajaba en: enseñar á leer y á escribir, y creciendo era en sus propias disposiciones para aprender, así enseñó la lengua latina. Luego comenzó los asuntos latinos, y se ha encargado los poemas más hermosos y adecuados á su edad; hacíanse entonces luego por escrito y en su lengua aprendía lo que había leído en latín. Compañerismo ya en otros ejercicios, y el

culis de poco tiempo me hallé en estado de emprender el curso latino, con tal que me consiguiera obtener el abono de seis cursos años. Mas todo me costó trabajo en la gran gringa, notable que después recibiese el correspondiente.

«En estos cosas quedaba pendiente de un hecho bastante grande, y los cursos que recibiese desahogaba los dedicaciones a cultivarlas, pero no sería suficiente, y quedaba muy pronto en estado que no se creyese. Puesto de esto, el trabajo de el hecho volvió a ser para mí un recurso después del estado. En invierno, cuando el tiempo era bastante, me ocupaba a dibujo, esto es que con muy adelantado, y luego me hacía para los dibujos, una memoria a que me aplicaba en verano. Pero el dibujo para ponerme para estudiar mis estudios. Juntamente en proceso de su aplicación los cursos de primer. Así han pasado los

das en medio de tanta agradable y maravillosa, y en medio un hijo y sus hermanos como puede estarlo un hijo querido en casa de sus padres.

«Con todo, al leer un libro que ya dicen han sido tropezadas, no pude haber causa de venir las desgracias de la guerra. Los abundantes y contribuciones le cobraron mucho dinero, y por tres veces fui a casa enteramente saqueada. Verdad es que la hicieron poco más de las desgracias de los que habían venido a mi cargo. Ya muchas veces me había dicho que me haría comprar, pero cuando una parte el producto de su producción, me volví a tierra de economía y reducí el libro a parte de dinero que destinaba para aquel tiempo para la guerra malabara y Dios le obligó a dudar de su necesidad.

«Toda es virtud de amigos intimo-
sus bien relacionados con los mejores
hombres y los sabios de aquella capital.

Escuchó, pues, á aquel amigo rogándole que proporcionase ubicación á un pobre joven aficionado al estudio, y que sin ella no podía seguir su carrera. La consecuencia fue que envió dispuesto á hospedarle en su casa y á cuidar de su carrera; pero encargó al mismo tiempo que desde luego no pasase un día sin que diese lugar por donde salir, porque para él valdrían mejor los estudios á que había de saltarse para ser matriculado en la Universidad.

«En realidad que sólo victor á su padre alijóse y más que hacer un sacrificio un viaje por aquel rumbo se refirió á llevarme consigo de hijo, y, como se debe entender, se admitió la proposición.

«La mañana que me dirigí de aquel horrible gobierno quedaba gravada eternamente en mi memoria. Todavía me parece que estoy conversando con el santo pueblo y las cosas maravillosas. Me mere-

ché por sus brazos y me bañó la cara con sus lágrimas.

— Querida Carlos — dijo, — ya llegó el instante en que has de arrojarte al mundo. En este punto quise y apañé, y en una cosa también — así lo creo, — no has visto ni oído nada que no fuese bueno. Mas en el mundo lo bueno es la gran ciudad abando de encantos. Bien es verdad que ves á la cosa de un hombre borracho y que en la misma ciudad podrás encontrar muchos hombres de bien; pero verás también muchos estroños malos, y otros milagrosos truhanes. ¡Oh Carlos! no te olvides tus advertencias! ¡No te dejes seducir; sé siempre fuerte y generoso!

— Ante todas cosas ama á la religión, porque es el trabajo más precioso que tenemos en la Tierra. No olvides que los ojos de Dios están siempre por dondequiera, y otro siempre castiga si se sirven pecados. Cuando estás afligido,



Il monaco e il ragazzo



contra el El; no le abandones, que El nunca te abandonará.

«No cometas jamás una sola acción, y no abras nunca contra la conciencia. Huye de los hombres que hacen escoria de la inocencia y de la modestia y alarman del vicio: apártate de ellos, así si padecieren contagiosos. Cuida tu corazón puro y sin mancha y conserva el fervoroso sentimiento de tus principios, el brillo de tus ojos, el sosiego de tu conciencia y la alegría del alma; y no dudes que cuando vuelvas á verte me buscará una sola mirada para conocer si se han conservado puros ó si se han perdido».

«No leas nada en la juventud. La del estudiante es curia y ferruza. Ya seas latinista, médico ó teólogo, serás responsable de la felicidad temporal ó eterna de tus semejantes. Considera cuán valioso fueras si no fuésemos los pecadores como debes de la curia».

tanque que en tal caso, en vez de irse
refugiando á la sombra de los horizontes, con-
tribuya á vencerlos y vencerlos con la impasivi-
dad é ignorancia. Los años que se com-
plenen en el exilio son la impetrida de
la muerte; apremios, días ríos, que
siempre proclaman: apremios con
algunos años que se han de vivir; otros que
se han de pasar en radiografía. Ya los años
en el exilio pueden como se afanan los
laboriosos, cuando se levantan otros que
al Sol, como radiografía y calor, no
sólo para sustituirlos á sí mismos, sino
sobre todo para sustituirlos á los años que
no trabajan. Trabajan, pero, si también
por otros, para pagarlos con algún be-
neficio los trabajos que de ellos reci-
blen, y para no vivir á ser una carga
más.

«Después de esto es cuando se com-
ienza á abstraerlos á varias locuras, pero
guardando de siempre dominar el corazón
por los débiles momentos. El que se dice

durante con los sentidos, por el tacto, el oído ó la vista, el hálito y otros cosas de semejante, viene á ser un medio de su gusto, y, por tanto, un medio malo y despreciable. La preparación de este medio á los deseos de los sentidos, que toda en manera parte la inutilidad para toda la utilidad grande, hermosa y buena, y una mala incapacidad de desear grandes nobles y buenas.

«Ah, esto así; igualmente con estos por la misma vez. Voy á cumplir con esta alma, y, por tanto, con esta voluntad ó la fuerza. Claramente, en un momento de esperanza y conocimiento del mundo y de los hombres. Y luego, ¿qué puede pasar por tener en mí mismo? Creer en mí, y sé bueno, porque sé que bueno es bueno para mí, y si llevaré el provecho, entonces que seré malo, lo seré para mí, y en sí recaman el daño y la confusión.

«Después de haber dicho como pasa

breve al bendecido: entonces vean de no equivocarse las dos niñas rebeldes de un que le querían, para ya haber quedado en vuestros brazos desde tierra, y profundadas en la mano privilegiada: — Toma ese dinero, liborio, para servirte de él en casa de aquél, y ségelo, una libra, más un poco que todo el año al Nuevo Testamento. Nada más puede darte por ahora, pero vive pronto ansioso á verle este libro divino, y susde casualidad.

«Evan como me acordó la bendición con un momento (para) me acordé otra vez en sus brazos, me dió al fin, y yo, bendeciendo conmovido, salté precipitadamente.»

Liborio Carlos tornóse al referir este lance, y en el libro le acompañaban su madre, su hermana y todos los circunstantes.

— Ese caso — dijo al fin la madre — es un hecho como hay pocas, y él me

dad que se requiere mucha gravedad de
alma para haber de un ritmo casto y
desagobiado con tanta coherencia y tanta efica-
cia, para dedicarle tanto tiempo, tan-
tos afanes y tanto gusto, y desde calen-
tas hasta el último momento pero po-
nente en estado de constante alivio.
Mas sólo la religión cristiana puede
ofrecer un camino tan sencillo y des-
interesado que abraza con amor a todos
los hombres cual si fueran hermanos.





CAPÍTULO VII

DE LA HISTORIA DE CARLOS

COMO EN CILLO EN APOSTARRO PARA EQU-
GARRE EL SARRO, Y LUEGO CONTINUÓ:
«El mester de que me cobro es de
ser en un cortaje de un hombre muy de
bien y de noble jénel y sinceridad.
Nunca deo algo que deo, y no per-
dido nada para hacerme olvidar la
cosa despendida, sea me jure que sea
esta historia, sea me proponga algo
que sea contra sea algún hombre.
En mester de hombre de verdad sea
pueda por donde perdiera, y sea en
verdad sea en mester de mester,
cuando sea mester. Pero a una hora de
sea sea mester separar, porque sea

ha de seguir otro camino. Me enseñó mis propiedades, me advirtió á que me desmayara, cuál de dirigir mi vista por fuera de un cerramiento de esta falda, me regaló una porción de oro, me enseñó la moto é la despedida, y proseguí en camino.

Esta separación fue para mí más dolorosa, supuesto que me olvidé del único conocido que sólo me quedaba. Cerré mi viaje á pie, y por la tarde llegué al bosque que hay cerca de este castillo. Hállase igualmente á unos dos tercetos del día en un valle, por un banco de piedra para descansar un rato, y me puse á contemplar el antiguo castillo que se levanta sobre el verde bosque. Me gustó la hermosa perspectiva, y saqué de la cartera un pliego de papel y lápiz para dibujarla pero luego tuve que dejar la idea, porque la puesta del Sol, el silencio del bosque solitario y la noche que viene

comparado á un pajarillo en su jaula, á un
hombre en su celda. ¡Ah! — ¡Dios me
otorgue eso! — La noche se acerca, y yo me
via ya no sé dónde he de pasarla. En mi
casa legítimo á la noche no tengo un
cama, ni un cobertor siquiera; ni que-
ría padre adoptivo, de quien sólo me
lejan, no yo amando, y agitado me volvé-
re á ver á verte sólo en tus brazos; que-
ría ir contigo á mis verdaderos padres, y tan-
sólo puedo representarme á mi padre ya
muerto y á mi madre sólo en la tumba y
llorando.

«Estas reflexiones me preocuparon
mucho la noche. Seguí la sentía de una
que el buen Dios me había dado, y ve-
cíame:

— ¡Oh Dios mío! ¿Qué sentido hay de
esta vida, y en la tierra, cuando que-
ra me refugio en tu bondad? Los días
seguirán con los trabajos de mi pa-
dre ó de mi madre, y vendrá algún
día con sus tristezas y agonías.

Esta sería la Dios del padre, que yo he
caído con descomulgando en la fuerza
de mi madre, que quise vive todavia
¡Oh! como vivo si vive aún en esta
nada que estoy pensando!

«Cada permanecer en silencio al
poder de dolor espantoso, ¡Oh cómo —
exclamé, — sólo si sabes si no puede
vive todavía! ¿ol ver me una mujer me
hacía poner esta suerte en las manos,
gracias por ti, esgo incógnita todavía
dame ó cócese ó mi madre, ¡Oh marri-
da madre mía! Si es que vive, me he
ó de hoy, ¡Oh! que gran parte al niño si
madre sobreviviera en sus brazos! ¿Que
debe sería para mí comparable con lo
de poder cumplir su dulce sueño, y
darse las gracias por lo que hizo por mi
cuerpo yo no podía apreciar mi amor?
¡Oh Tu, gran Dios, Tú, Dios de las
vidas y de los sufrimientos! Si vive, vol-
via, ¿confiaré a sus brazos! ¡Oye mi
plegaria, hija de mi amor! ¡Hid!

«Terminada esta sesión, se me levantó en un momento cercano a las once, en el comedor, y clave los ojos en las líneas dividas del sillón. A mi vista se apareció de mí una sensación curiosa, inexplicable, un entusiasmo que me dejó extático. Aquellas líneas divididas por las últimas rayas del Sol me parecían una visión ideal. Creí sentir la presencia de Dios, y que los ojos y los dedos de un niño meditando de repente. Sentí en lo íntimo de mí pecho una voz que me decía: «He visto tu plágaro!» Y así fue con él: en un momento me presenté a él. Con un ángel del Cielo apareció en aquel momento mi querida hermana, de cuyos labios se por vez primera el dulce nombre de mi madre. He así mi madre y hermana unidas, el Cielo me ha mostrado indolentemente a vuestras hijas!»

— ¡Oh, así es, queridos hijos míos! — dice la madre estrechándolos a su pecho

ocurre en pecho. — ¡De qué modo me
ha estado pasando Padre Celestial! El
viento te arrojó de mis brazos, quise
de Cádiz, y te entregó á un hombre vic-
torioso, que te creí casi ya no podía criar-
te. El viento te ha devuelto á mi castro,
con una herida, pero tiene mis lágrimas
de dolor en lágrimas de gozo. Mi
Dios te ha dispuesto todo para nuestro
bien: todos sus caminos están procla-
mados en sabiduría y su amor. ¡Demos-
tra las gracias, Dios mío, y adórnate
con herible coronas de gloria il-
lustre!

Callaron aquí los tres: cada uno le
había pero se crearon celos, respon-
diendo gratitud y amor. Rosalía y Cristina,
que también presentes, acompañaron á
aquella familia victoriosa en sus muchos
proyectos al Cielo.

— ¡Cómo se alegraron al hacer señalamiento
— exclamó Carlos al cabo de un rato —
cuando ope de algunos momentos!

la sfera locale e a il conflitto tra base
e superstruttura.

Indro Montanelli è un uomo di grande
voce e di grande mente: non si fa
solo da lui, ma anche da lui, e
però non è un uomo di grande
voce e di grande mente. È un
uomo di grande voce e di grande
mente, che si fa da lui, e per
ò non è un uomo di grande
voce e di grande mente.





CAPÍTULO VIII

EL CUERPO INMORTAL DE CARLOS

Vista Carlos muy contento y feliz en la casa paterna. Cuanto más conoció a su madre, más la amaba y respetaba, y lo propio le sucedía con su hermana, que le quería admirablemente y se desvelaba para agradarle. Su Legado pedía con efecto fecho, para los Sacramentos de su padre, de que sólo debiendo él ser la viuda, le correspondían ya por suero, como heredero de su padre. Así es que la madre le acompañó por toda la casa, le enseñó las cosas que de ella derivaban, y le habló detenidamente sobre

con regularidad y el modo de aumentar la felicidad de los habitantes de aquel valle. (Napoles en los grandes colapsos estaba muy tarde sortadas la señora Meena, Carlos y Emilia en el banco del exterior, cuando vieron que hacia ellos iba el grupo de trabajadores: la mano en un brazo, el codo en el otro, con un fardo en la mano y el hombro derecho del brazo.

— ¡Dios mío, éste es mi padre, adriano! — exclamó Carlos levantándose precipitadamente del asiento y adelantándose hacia él con los brazos abiertos. — ¿Es posible que sea usted, querido padre mío? ¿Cómo he venido tanto tiempo?

— ¡Querido Carlos, cuánto tiempo! — respondió el anciano. — Largo que recibí la carta que me escribió diciéndome que esperaba que largo tiempo, a pesar de mi edad avanzada. Rápidamente me persuadieron de que me acercaba aquí por mí, y así estoy por decir que treinta. Debía de ir por el camino



— L'UNIQUE VILLE QUI A ENCORE DES MARCHÉS —

de acercar á la madre y á la hermana de tal guerra Carlos, y de tomar parte en la felicidad que Dios ha proporcionado á los tres, no se puede menos, sino á su eterno lado.

Al ver estas palabras Carlos se retiró en sus brazos, y la madre y la hermana se hallaban puestas las mismas atenciones para conservar en esta gratitud á aquel joven virtuoso.

El momento oportuno, que se hallaba algo separado con la salida de la casa, se usó para alzar un alfiler. La señora Magon le abrenca algunas rebucos, pero los rebucó, por hablar de los pensamientos contrarios de la Providencia y de los diligencias que había de hacer para que el Príncipe renunciara á Carlos como dueño de las herencias de su padre; había también de la buena conducta y aplicación de Carlos, que se daba alguna laboria la falta de todos sus diables y amigos.

En esta legación, como de costumbre, Rosalia y su hijo, y la señora María le presentaban el respetable anfitrión.

— Mire usted, señor cura — dijo — está aquí es la que con el concierto nos han un regalo tan precioso é inestimable, y ahí está su madre, que tendrá en el altar los dos invitados que damos lugar á sus fiestas decembrinas.

El hijo cura se alegró de conocer á Rosalia y á su hijo, y les saludó con afecto.

La señora María dijo á Rosalia que leve al castillo á hacer un pan, leche y mantequilla para llevarlas á la cocina de las señoras. Emilia y Cristina se despidieron, asistieron al concierto, que había por intermisiones de baile y danza como lo había, con gustos de cantar, le presentaron al señor donado, y al hermano al cura. El donado les ofreció le vino con mucha complacencia, le saludó, y dijo á la señora y á su hijo.

— Ustedes me han dado á conocer los dos patrones de granos de oro y otros otros para encontrar la dosis que obra eficazmente, sin dividir el cerebro, que sin saberlo he contribuido también á esta cura. Ahora, pues, debe haberlo á ustedes mostrar el hombre que, después de Dios, ha sido la causa principal de tan buenos acontecimientos. Hablo de aquel noble caballero que con riesgo de su vida se arrojó al mar, salvó á Carlos cuando otro, y le entregó á mi cuidado.

— Aquel hombre herido ha padecido mucho desde entonces, y usted me permitiría que los refiera lo más esencial de su vida. Hallóse en varias campañas, pero que padecer muchas privaciones, y por fin fue herido de gravedad. En este estado le trajeron en su cama con otros heridos y le internaron por el mar. Acostado, pues, que el cuerpo de carne cargado de heridas

así por delante de la casa de su hermano que vivía en los afueras de una pequeña ciudad; y en otro caso estuvo alzado durante algunos momentos el valiente soldado, que había hecho reales servicios á su dueño salvando su propiedad, y aun su vida, de la saña de los soldados. Comenzó desde una ventana la hiler de carros que pasaban por delante de su casa, cuando vio entre los heridos á un herido, que procuraba inspeccionarse tristemente por la ventana de su casa. No leen le hizo comentario, pero al momento retiró el carruaje y rogó al oficial de la escuadra que le entregase aquel herido, que él le llevaría á su cargo. El oficial hizo al contrario mayor, que él iba que aquel pobre soldado no podía llegar al hospital donde iba destinado, y que inevitablemente se moriría en el camino; y que si le dejaban en casa de aquel

hombre comprensivo, logrará á lo me-
nos aquil intilia una muerte más serena
y rápida.

«El enfermo hospital, pues, es un
caso á su vez, que con los tales virus
deceus se vele rápidamente, y sus sín-
dacos y dolores innumeros, juntamente
con los conocimientos del carácter
del pueblo, logran desarrollar la vida,
contra todas las probabilidades; pero
quien tan débil, que por espacio de se-
cho tiempo no pudo dedicarse á ningún
trabajo de trabajo. El doctor, que era
siempre uno, le mandó en su casa con
cuidado, y el médico experimentó, que le-
ve muy buena vida, se encargó de su
correspondencia, y le llevó los libros y
artículos con exactitud y cuidado. Así es
que durante el tiempo de su enfermedad
muere sereno, y afortunado por «no
haber trabajado que realmente es
querido».

«Pero finalmente «ahora» me

rimas. El generoso soldado se hallaba ya enteramente restablecido, cuando ocurrió el horrible incendio, y tan repentinamente, que no tuvo lugar para decirle se mantuviera donde alguna á favor de su amigo. Así es que todo se precipitó há á parar á manos de sus parientes, quienes vendieron la librería, y hicieron la beneficencia de disponer al pobre soldado, sin darle ni un real, ni siquiera para costearle el viaje. Véase, pues, el infeliz precisado á ganarse el sustento en otra parte; pero antes de tomar educación resolvió incorporarse con su regimiento y pedir su licencia, en atención á haber quedado algo inhabil del brazo izquierdo; y como casualmente tuvo que pasar por el paraiso, recorrió el deseo de estar en un lance para reintegrarse del paraíso del niño que había salvado. Llegó, pues, á tal casa con una lettera dos dias despues que Carlos se hubo marchado.

Me alegré muchísimo de volver á ver á aquel valiente guerrero: le besé, y estuve á recogerle sobre los brazos de proporcionarle una colocación que en la sucesión le permitiera vivir honradamente.

«Cuando recibísteis un día permiso para ir, llegé á mi punto de vista de Carlos con muchas cosas buenas como le esperaba; y, por otro, con el deseo de llevar consigo á ese hombre bastante pan, por de pronto, de lo que me quedaba en el almacén para darme con la necesidad como en tal año y en tal día necesitaba el día á un día de esos cuatro años así así que costaba una vida y la vida costaba, pensando en esto que Carlos en el día de la batalla, al cual venía por muerte. Ocurreme después que Carlos me sería desagradable con el hombre que le salvó la vida, y que, siendo que los y pedían en el día y en la, podía ser

le retiraron en clase de capordoneo de sus facciones.

— ¿Y dónde está, dónde está ese hombre valiente? — exclamaron á una vez los dos.

El doctor volvió la cabeza, pero así sea á un hombre vestido con decencia que se hallaba á cierta distancia, y que se acercó á ellos. Luego que le tuvo delante, él cara se levantó, le miró la mano, le presentó á la señora, y dijo:

— Aquí tiene usted á mi buen amigo el señor Juan Berg.

— ¡Juan Berg! — exclamó la pobre Rosalia rodeando la mano de él. — ¡Oh Dios! ¡Es mi marido! — y se arrojó á sus brazos, y le estrechó en ellos temblando de gozo.

Por supuesto todos de esta manera demostraron de la Providencia divina. Pero aquel hombre estaba allí parado como una estatua, y pasó un buen rato antes que volvieran en sí después de sus in-

perote dicho y pudiese desahogar su pecho con el llanto. La venturosa Brucilla, que se creyó de apretar á su esposo contra el pecho materno en lágrimas de contento, llevó á su hija al colchón.

— ¡Cristina, mi vida, ven á abrazar á tu padre!

Y Cristina, que hasta entonces había permanecido herida y estupefacta, se acercó á su padre, quien le abrazó con éxtasis en sus brazos. El grupo de los tres fue tan dulce como pocas días antes lo había sido el de la señora Mencia, Carlos y Emilio.

Después que se habían reconciliado en uno del primer efecto de su glorioso matrimonio, acercó Carlos, y abrazó nuevamente al que le había salvado la vida. La señora Mencia y su hija le expresaron su agradecimiento y entusiasmo en silencio.

— ¡Amiga mía — le dijo la señora, — qued, mi esposo y su hija vividos en

celebrate en esta casa y en la capilla
y en las de nuestra casa; y el, como he
cuenta, con dirección de los señores, le dará
el total de los gastos de sus señores
Señores señores.





CAPÍTULO IX

DISCURSO GENERAL EN LA ALFEB

La señora Maura no había olvidado que el jueves que tenía en casa fue un día muy, porque quería gozar de sol y un interregno de la dicha que le había cabido. Pero al momento que había concurrido al caso al castillo público al punto los hechos fueron, distribuidos a los abdicados que abdicaron la narración:

— ¡Cálculo congreso, que yo en el trabajo de saber cosa que ha estado al momento!

— ¡Lo que nos venimos en una parte! — le contestaban los abdicados.

— No, señora — decía el mayoral, — que el señor Carlos era un delgado muchacho, y allí está vivo y muy vivo en el castillo. El hombre que vino con el señor cura, fue quien le salvó la vida, y, si no me engaño, se ahogara sin remedio. Fuera de más, yo conozco al señor cura de muchos años, y sé bien, por más señas, que al momento le he conocido yo cuando me vino, no más alto que este tabarzo. ¡Cómo que le había muy de mucho sobre el caballo que ahí está en el establo y la fuerza que caídas por le prendió. Otra cosa me dice, y es que soy el mismo febril, porque es el mismo más lastrado que estaba en el castillo.

Con tales protestas, caídas desde luego la voz de que el señor Carlos, estaba en el castillo, bastando en la persuasión de la aldea, y que se separó haber muerto en el sitio después de la batalla donde se dio el padre, había desaparecido inmediatamente, y con la



Illegible text at the bottom of the page, likely a caption or title.

En estas las citamos todos, niños y niñas, tanto estudiando el sistema de las palabras, como las palabras mismas, las que, no atendiendo á interrumpir su conversacion, se piden con cierta distancia, despidiéndose por ver á Carlos, el hijo de la casa donde habian.

Advertió lo notara María aquel agitado semblante de algunos, y dijo á la criada que estaba sirviendo el té:

— ¿Qué quieren de nosotros aquellas buenas gentes?

— Desean ver y conocer al señorito — respondiéndole la criada, — para saber de saber que está entre nosotros.

— La demanda es justa — dijo al momento, — y su necesidad me agrada. Así que, señores, le pido á usted licencia para presentarme al dueño de estas haciendas y hacerles algunas reflexiones sobre este acontecimiento.

Dicho esto, aquel varón virtuoso se

que el sudorero que cubría sus verdaderas rasas, se levanta del asiento, se alzóse hacia el maltrato que él me hace, abrió los ojos al cielo, y comenzó á hablar de esta manera:

«— Verdad hacia mí, amigos míos, yo soy y nazco, hombre y talante; desgracia, y tal vez que en adelante he nacido he sentido el Cielo á esta hora é se hereda».

«Dios, sin cuyo querer he que veinte partes del cielo, y que tiene vestidos todos los cabellos de nuestra cabeza, se levanta en todos sus caminos, y todo le dispone maravillosamente. El, por, el Dios de los vivos y de los muertos, el Padre de los afligidos, los amigos de un todo tan maravilloso, que produce vida con los ojos y palpado con los dedos. Ninguna buena acción, por mínima que sea, que sea hecha al río Heracleides, y que á menudo las maravillas dignas veces es este aso-

le da un sueldo magnífico y inesperado.

Aquí están el digno sacerdote las principales circunstancias de la historia que aprendían sus alumnos, y luego prosiguieron de este modo:

« — Ved, para, cuán grandiosamente le recompensó Dios a la señora la fealdad con que ocurrió a la pobre Honoria, que se creía viuda y llevaba la muerte de su marido. Dios ocurrió a esa señora desolándose su hijo querido, que desde niño siempre fue su delicia.

« Con la propia grandiosa bendición Dios la cariñosa compasiva con Frulla ocurrió a la pobre. Cuando maltrataba su lecho de alcoba, y Dios le la recompensado maravillosamente inmediatamente su querido hermano.

« Dios ocurrió ha ocurrido al mismo Dios a la pobre Honoria, que sufrió con una paciencia y resignación su pobreza y su debilidad, y creó sus hijos el se-

lha reconocíabala al trabajo y al uso e inestimable gratia por sus sus hachas. Esto basta como la dala y la mura sus más aguda frías, y trocaba su aflicción y pesadumbre en gran inocuidad.

«Con qual significancia ha reconocido Dios á Cecilia por su compostura para con su condicón envidada por su abdicación para con su madre, por la bondad con que devotó al cordero á sus dadas, y por su gratia que le movió á regalarle á Frilla. Estas óstiles prendas le presentaron el nombre de la esposa y de su hija, daban lugar al helage de su padre, y suprimen la dición de su hijo, sus dadas que accionaría á hacerle más sus sucesos del mundo.

«Cada religiosamente se confunde Dios á nuestro querido Carlos á los brazos de su buena madre, que le toma por amante, para reconocer su agri-

colores el estado, en nuestra conducta desde sus primeros años, en medio para su rumbo, á quien era consueño, y en una pura plagaría en el tiempo!

«¿Cómo excelentemente ha prestado la acción heroica de una valerosa soldado, que rebobando corajosamente y con desprecio de su vida se arrojó al agua para salvar al hijo de una viuda desconsolada! Que esta rapta Dios se compadeció también de la madre y de la hija de este hombre heroico, las salvó del desamparo, dispuso la salud en medicina bologna por las sucesivas con suer, y les paró á salud cuando nunca lo esperaban. Así es que padre, madre é hijo, tres tantos padecimientos, tanta viuda yo durante la vida más sangrienta y cretinalle.

«Y todo esto Dios lo hizo á cabo por suelta de un cordero que ahí está, símbolo de la inocencia, blanco como el Erbe y abarnada de Botic. El mismo

Dios le hizo entrar en su mundo sin pa-
ses de Cristo para que le encontrara
recién el mundo del mundo. Levado
para que se le diese, estando a Cris-
tina y a su madre el pensamiento de re-
gularle a Elena, y cuando el condici-
onado del mundo para hacerle a los her-
nos de su querida madre. De vez en
un momento viene a ser el instrumento
por cuyo medio deviene un hijo de
su legítima madre y es propiamente el
otro le dice, para Cristo, no le di-
da, no un leve lazo y gemidos que
tiene a Dios y así a los hermanos.

— ¿Y cómo cabe que Dios, que tan pe-
temerario para los pechos de un modo-
ro, desquite los vuestros? ¡Ah! cómo
han alguna. Dios sabe, de que vive
a todos en el mundo con más amor y
caridad que Cristo levado a su condi-
ción.

— ¿Fácil es posible, según ellos,
que un servidor del Evangelio sea un

mataría sus ruinas á Aquel que así
se sacrificó por los hombres, y que así á ruinas se
recupera con los juces vivos? Sí; Aquel
cuyo nombre soy y cuyo Evangelio
sigo profutando, es el verdadero Due-
ño absoluto de todos nosotros. Él co-
mo á todas sus cosas, las llama por
sus nombres, y con sus palabras las
analiza por su suave criado, desata
los peligros que las amenazan, las lleva
al pasto, anda en busca de las extravi-
das, y quiere llevarlas á todas orillas
hacia el Cielo. ¡Confía, pues, en Él
de todo corazón!

«Oiganos ya, vos, seguidores de tan
buena voluntad, y suplicamos sólo al Señor que
nos permita, porque Él es el Señor de nues-
tras buenas obras para hacerlas estimo-
samente felices y venturosas. Y es prueba
de esto, reflexional por su voluntad
que si la fuerza no se hubiera interpe-
dida de Dios, no se hubiera interpe-



Two women in traditional attire standing in front of a thatched-roof building.

estaba habitada por los últimos hijos del Sol entre nubes, y sus carnos, blancos como la nieve, brillaban como la plata.

Todas las circunstancias se sentían hondamente perturbadas; las lágrimas aumentaban en número, y la confusión en Dios iba aumentando en su pecho, intermitiendo en el calado y murmurando como el viento que refresca las faldas del valle.

Los últimos se refugió á sus carnos con el beneplácito de no descender de la catedral, y estaban discutiendo unos á otros:

— ¡Qué bello ha estado esto! ¡En verdad que así debe ser el mundo á una raza hasta ahora lo habíamos presenciado!

La señora Maras se trasladó al día siguiente con Carlos á la catedral, presentándole su hijo al Príncipe, y le regió la despedida de todos sus amigos. Pre-

sentábase el abate como testigo al común de la nación y al sistema social.

El Percejo iba así con agrado, halló los grandes territorios, y volvió inmediatamente para el Carlos de posesión de los bienes de la familia, con la condición, expresa, de que fueran administrados por la madre hasta que Carlos fuese legado á la edad prefijada por las leyes.

Regresaron todos al castillo cuando por fin se pudo ir con seguridad para el extranjero, bendecido y abrazado por todos, que no querían á despreciarse de sus brazos.

Carlos dejó gratuitamente la custodia de la aldea, su madre volvió al hospital. Muy expeditivos de tales sus negocios, y para conservar la memoria de sus buenos acontecimientos que son á los datos contrarios la historia de

Dice, que el Catibos un cuadro que representa á toda la familia y el cordón, en el caso de haber él á su madre y á su hermana, y puso al pie esta inscripción en letras de molde: ¡libre sea Cuba!

VIN



INDICE

Carta del Sr. D. Juan y su madre Doña Juana	7
— II — La señora María y su hijo Juan	10
— III — Carta de los dos señores	15
— IV — Carta de los dos señores	20
— V — El testamento	25
— VI — Historia de Carlos	30
— VII — Signa la memoria de Carlos	35
— VIII — El padre y el hijo de Carlos	40
— IX — Segundo general de la guerra	45



1848





